

BOLETÍN

DE LOS PP. MÍNIMOS DE

S. Francisco de Paula

PUBLICACIÓN MENSUAL

• Autorizado por los Superiores Regular y Diocesano •

ENRIQUECIDO CON LA BENDICIÓN APOSTÓLICA

••• Precio de suscripción: •••

: UNA LIMOSNA VOLUNTARIA :

Dirección y Administración:

CONVENTO DE SAN JOAQUÍN

(Barriada del Guinardó) BARCELONA

SUMARIO

Felicitación.—Adviento, por *El más mínimo*.—La Concepción Inmaculada de la Virgen, por *El mínimo de los Terciarios*.—La caridad de S. Francisco de Paula, por *T. R., Pbro.*.—Inauguración del año escolástico en nuestro Seminario, por *El Cronista*.—Pax hominibus, por *Manuel F. Lerena*.—Bienes del estado religioso, por *Macabeo*.—El trabajo amable, por *Mariano Romeu, Pbro.*.—Pensamientos del P. Victorio. — Cultos. — Noticias religiosas. — Limosnas.

FELICITACIÓN

La Redacción de este Boletín y la Comunidad de Religiosos Mínimos de este Convento de S. Joaquín sienten el deber y el deseo de felicitar cordialmente al Emmo. Sr. Card. Francisco de Paula Cassetta, Protector de la Orden, al Rmo. Padre Corrector General, Fr. José M.^a Di Lauro, a los Rmos. Padres Procurador y Colegas Generales, así como a todos los amados religiosos y religiosas de la misma Orden, y a cada uno de los lectores y protectores de este Boletín, suplicando al Buen Jesús les conceda felices fiestas y un próspero año nuevo.

Adviento

La palabra *adviento* se deriva de la voz latina *adventus*, que significa advenimiento, venida o llegada. Usaba la Iglesia esta palabra, en sus orígenes, para designar el nacimiento de Ntro. Señor Jesucristo, pues que el nacimiento es lo que constituye su venida a este mundo. Mas andando el tiempo se introdujo la costumbre de designar con el nombre de Adviento no sólo la fiesta de Navidad, sino también el tiempo destinado a prepararnos a la celebración de tan grande y alegre acontecimiento, o sea las cuatro semanas más o menos completas que le preceden. No se crea que el Adviento sea una institución arbitraria: su oportunidad se justifica plenamente si se tiene bien en cuenta la importancia de la festividad a que dicho tiempo santo sirve de preparación. Si queréis que una visita a una ciudad, Roma, París, Londres, sea grata y de provecho duradero, es preciso que toméis antes los datos más interesantes y las prevenciones más necesarias para saber apreciar todo lo que allí vais a ver.

Así ha de suceder también en las fiestas religiosas, pues todas ellas son aniversarios históricos de nuestra Religión, para las que debemos prepararnos levantando nuestros espíritus y purificando nuestros corazones, a cuyo efecto la Iglesia recomienda la práctica de novenas, octavarios, triduos, ayunos, etc., para disponernos a la digna celebración de las fiestas más memorables. ¿Qué

hecho histórico puede ser para nosotros más solemne y memorable que la venida a este mundo del Hijo Santísimo de Dios para salvarnos y redimirnos vestido de nuestra carne y de nuestros pecados?

Muy lógico y justo es y aun obligatorio que santifiquemos el tiempo de Adviento, o por mejor decir que nos santifiquemos a nosotros mismos durante tales días. Graves son los motivos que tenemos para ello: el precepto de la Iglesia, el agradecimiento que de justicia debemos a Nuestro amable Salvador y nuestro propio interés. La Iglesia prohíbe en este tiempo las bodas aparatosas, y manda ayunar, recogimiento y plegarias fervorosas: viste a sus ministros con ropajes tristes y de penitencia y les recomienda que aviven la fe y el espíritu de los fieles con adecuados sermones, pláticas y ejercicios piadosos: no se cansa de repetirnos: *preparad el camino del Señor, y enderezad sus sendas*.

Aunque la Iglesia nada ordenase, debería movernos a ello el reconocimiento que debemos a Jesucristo por los beneficios sin cuento que de la encarnación nos han venido. El, por amor nuestro, baja del Cielo dejando a su Padre Celestial y al Espíritu Santo, y a todos los Ángeles que le alababan y reverenciaban: toma nuestra frágil y asquerosa carne, y nace tan débil y pasible como nosotros, vive en nuestra sociedad en obediencia, desprecios y sufrimientos continuos y le hacen acabar su vida de la manera más cruel. ¿Sería digno hijo del buen Jesús y merecedor de su

amor el que rehusara acordarse de tanta generosidad y celebrar debidamente la solemnidad conmemorativa de su bondadosa venida? No seamos tan duros de corazón como los posaderos de Belén que le cerraron las puertas de sus casas.

Nuestro interés, por último, debe estimularnos eficazmente para disponer bien nuestros corazones para el anual renacimiento del Hijo de Dios en nuestras almas. A la medida con que vaciaremos nuestras almas del orgullo, de la propia voluntad, del apego a los bienes terrenales y de la afición a las criaturas, Jesús las llenará de sus riquísimos dones y de sus dulces consuelos. Depende de nuestras disposiciones la aplicación más o menos copiosa de los infinitos frutos de la divina redención. Nuestra mala voluntad es únicamente quien pone límites a las liberalidades de Dios. Enfervorícemos y enderecemos esta voluntad hacia el Salvador, para que cuando venga a renacer entre nosotros nos halle sedientos de El y preparados a recibirle de la mejor manera posible, ya que sólo así mereceremos la gracia de hacernos hijos queridísimos de Dios.

EL MAS MÍNIMO

La Concepción Inmaculada de la Virgen

La fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, en me-

dio del santo tiempo de Adviento no deja de tener un carácter especialísimo, y se me representa su figura bella y magnífica como la verde primavera en medio de las estaciones del año; como la clara luna en una noche tenebrosa; como la pequeña isla en medio de la mar; como el oasis en el desierto arenal. Sesenta y tres años hace que el dogma de María en su Inmaculada Concepción ha sido proclamado con un aplauso universal por la infalible autoridad de nuestra Madre la Iglesia, y ella misma es la que ordena celebrar por todo el orbe cristiano tan principalísima fiesta. Sesenta y tres años ha que se han realizado los esfuerzos que emplearon los santos y los doctos con su saber para la consecución de este grande dogma. Sesenta y tres años ha que se han colmado para siempre las ansias de los fieles que en todos los tiempos y edades habían suspirado por tan feliz y santa proclamación. Sesenta y tres años ha que la creencia de la Inmaculada Concepción está evidentemente clara sin ningún nubarrón de duda que pueda ocultarla, cerciorándonos de que la Virgen María, Madre de Dios y nuestra, por singular privilegio y en atención a los méritos de Jesucristo, su divino Hijo, fué no sólo exenta en su concepción del pecado original, a que están sujetas todas las criaturas humanas, si que también preservada del pecado e inclinación al mal y que fué enriquecida, desde el primer instante de su ser natural, con los tesoros de la gracia y los dones del Espíritu Santo.

Celebremos con devoción la festividad de esta nueva *Eva* que ha traído al mundo la salvación, en vez de la perdición que trajo la otra, aplastando con su pie potente al espíritu infernal causa y origen de todos nuestros gravísimos males. Pronunciemos con viva fe y hagamos que resuene en las bóvedas del templo santo un himno a María, diciendo con todo el afecto de nuestro corazón:

*Sois concebida, María,
Sin pecado original.*

EL MÍNIMO DE LOS TERCARIOS

La caridad

de San Francisco de Paula

BREVE RESUMEN DE LOS
ARTÍCULOS PRECEDENTES

XI

En los artículos anteriores hemos visto como toda la vida de san Francisco de Paula fué un ejercicio perenne de virtudes cristianas, sobresaliendo en la virtud de la caridad hasta llegar a la santidad más sublime acreditada por Dios de un modo manifiesto, al concederle el don de milagros con tal abundancia y plenitud, que fué el asombro de los países que recorrió durante su vida, movido siempre de la mayor gloria de Dios.

Entre los innumerables milagros que hizo el Santo, a quien la Iglesia ha distinguido con el título de gran

Taumaturgo, llama la atención de un modo especial, el poder que tenía sobre los elementos, principalmente sobre el fuego, desde que servía de monaguillo en el convento de la ciudad de San Marcos, en Italia, hasta el fin de su gloriosa carrera en Tours, ciudad de Francia, de donde se mudó a las moradas eternas de la gloria; pues ya le vemos de niño tomar las brasas encendidas y llevarlas de una a otra parte, como si no se diese cuenta de ello, ya de adulto asir con ambas manos ascuas de fuego y entrar en un horno de cal encendido y salir de él sin presentar en su cuerpo ni en su hábito la menor señal de la acción del fuego, ora encender las piedras con sólo tocarlas, ora detener con su presencia el furor de las llamas y apagar el fuego con las manos, y lo que es más aún, con la imagen sólo del Santo quedó extinguido un gran incendio.

Con estos milagros auténticos que revelan un poder omnímodo sobre el fuego, quiso el Cielo significar que san Francisco de Paula estaba lleno del fuego del amor de Dios que enciende los corazones dóciles al influjo de la divina gracia, a la que correspondió fielmente desde sus primeros años, ofreciendo a Dios su corazón sin reserva alguna, de modo que el amor del Santo hacia Dios era aquel amor que es oro encendido como fuego, como dice san Juan, esto es, un amor soberano sobre todas las cosas, como el oro es sobre todos los metales y el fuego sobre todos los elementos. Prendido el fuego del amor divino en el corazón de san Francisco

por su buena disposición a recibirle, no es de extrañar que obrase cosas admirables en el servicio de Dios, puesto que el mismo ya solía decir «nada es difícil al que ama», lo que es muy cierto, sobre todo cuando se ama como amaba san Francisco, porque el amor de Dios vence todas las dificultades, y como dice san Gregorio, es un manantial inagotable de obras grandes y heroicas.

Mas san Francisco de Paula no sólo era fuego que ardía en el amor de Dios, sino que era fuego con luz que iluminaba en el amor al prójimo, y como el amor al prójimo se manifiesta con las obras de misericordia principalmente con obras de celo, vemos a san Francisco dedicarse durante su vida al bien espiritual de sus hermanos encaminándoles a la virtud e inculcándoles sobre todo la fe en Dios, la esperanza en Dios y el amor a Dios, de modo que todas sus palabras y acciones eran una manifestación de su gran caridad que como primero y principal precepto intimaba a todos para alcanzar el reino de los cielos.

En premio a su santidad, Dios le había concedido la discreción de espíritus y cuando veía a sus hermanos caídos en el pecado, acudía a socorrerles con la corrección y amonestación cristianas logrando siempre el fruto deseado, porque su vida era pura y edificante y porque sabía corregir con suavidad y blandura y con aquella gracia en el decir de que la naturaleza le había dotado. Él extendió más y más su caridad empleando en bien de sus hermanos la gracia de

curaciones con que Dios le había favorecido, siendo en muy crecido número los enfermos que sanó milagrosamente y resucitando, además, a varios difuntos, como si fuese señor de la vida y de la muerte.

Era san Francisco el pobre evangélico que por amor a Jesucristo todo lo había renunciado junto con su propia voluntad y por esto atraviesa los mares sostenido tan sólo por su manto, porque su corazón está vacío de todo lo terreno, teniendo dominio sobre todas las cosas, por lo mismo que todas las había renunciado. El pobre era, para él, objeto de una preferencia singular; los pobres eran sus amigos socorriéndoles en todas sus necesidades, sin que fuese obstáculo para ello, el ser el Santo pobre por excelencia, porque acudía a la divina Providencia y obraba a este fin grandes milagros, dándonos a entender con su conducta lo que vale la limosna delante de Dios, la que tanto ensalzan los santos Padres de la Iglesia, entre otros san Agustín, cuando dice que a la puerta del infierno se pone la misericordia y no permite que el limosnero sea metido en aquella cárcel; siendo excluidos de esta dicha los que perseveran en el pecado con la esperanza de esta misericordia.

San Francisco, en fin, sobresale en todas las obras de caridad, y si entre éstas la más excelente es el perdón y olvido de las injurias recibidas, no sólo las perdonó de corazón y las olvidó sino que tuvo la gran virtud de mostrar siempre un semblante sereno y agradable a los mismos que le ofendieron como si no

hubiera recibido de ellos ofensa alguna, haciéndoles todo el bien que podía, lo cual es una prueba evidente de que había llegado a vencerse a sí mismo y que por lo tanto estaba en posesión de aquella paz y quietud interior del todo necesarios para aprovechar en la vida espiritual, y que son el más rico patrimonio de las almas que, como san Francisco de Paula, consiguen tan señalada victoria sobre sus pasiones, por su fiel correspondencia a la divina gracia.

Distinguióse el Santo por su gran caridad en vida y en muerte: en vida porque se le vió siempre animado de ardiente celo por la honra y gloria de Dios y la salvación de las almas, fundando a este fin la ínclita Orden de los Mínimos y ejercitándose constantemente en las obras de misericordia; y en muerte, porque estando próximo a partir para la eternidad congregó a sus hijos los religiosos mínimos y les exhortó a que hiciesen todas sus obras en caridad, para caridad y por caridad, y, dando una nueva prueba de su humildad profunda que, según demostramos, fué el origen de su santidad, lavó los pies a doce de sus religiosos a imitación del divino Maestro y con las mismas ceremonias; y en el mismo día en que iba a entregar su alma al Creador les exhortó por última vez a que viviesen como hermanos, amándose los unos a los otros, a que aborreciesen todo espíritu de ambición y avaricia, y que con su obediencia, fiel observancia y buen ejemplo de tal manera edificasen a los demás, que los moviesen al servicio del Señor.

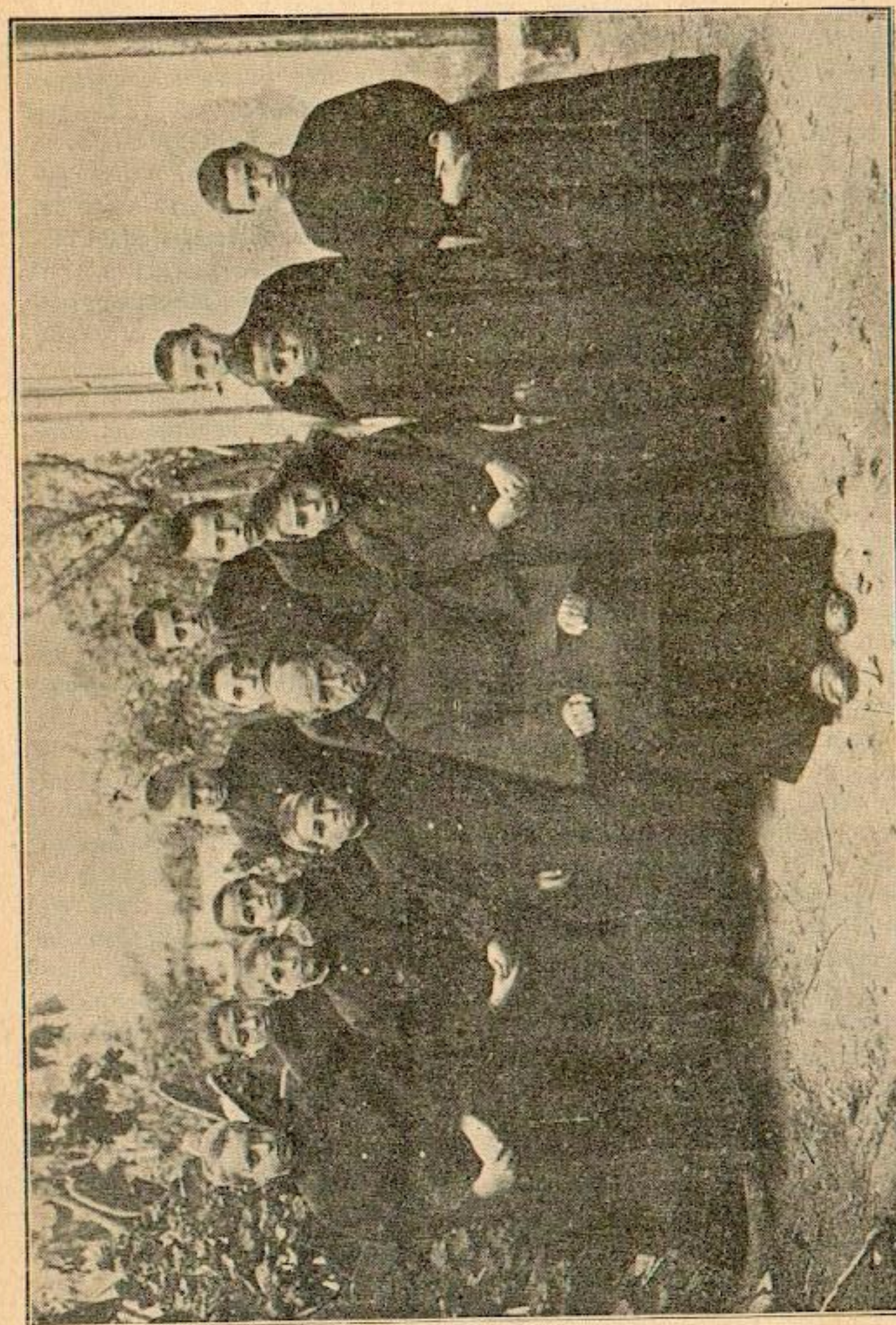
Tales fueron las tiernas y dulcísimas palabras que san Francisco de Paula pronunció para nuestra instrucción y provecho, poco antes de su gloriosa muerte, cuyas palabras son el fundamento y como el mejor de los artículos que con la ayuda de Dios hemos escrito en honor del Santo.

Bienaventurado el que practicare tan santas y saludables enseñanzas porque verá como se deslizan tranquilos los días de su vida, y luego después el reino de los Cielos será su premio y corona.

T. R., PBRO.

Inauguración del año escolástico en nuestro Seminario

El día 29 de Septiembre, festividad del glorioso S. Miguel, poderoso protector de esta Sda. Orden, tuvo lugar la función religiosa para impetrar del Altísimo, por intercesión del santo Arcángel, las luces y gracias necesarias a fin de que nuestros seminaristas cursen el año académico de 1917-1918 con fruto espiritual y provecho intelectual, libres de enfermedades graves y de desgracias. Así, pues, el 1.º de Octubre se empezaron las clases oficialmente. Como los alumnos han aumentado, se ha utilizado ya la nueva ala que últimamente se ha construido, al lado del campanario, exprofeso para ellos.



ALUMNOS DEL SEMINARIO MINIMITA BAJO LA ADVOCACIÓN DE N. S. DE LA VICTORIA

No hay que decir los bríos y amor con que han emprendido o reanudado sus estudios estos buenos escolares, lo cual es prenda y garantía de risueñas esperanzas y de óptimos frutos. Desde estas columnas hemos de dar cordiales gracias a la Sra. D.^a Cecilia Estapé, Vda. de Riera, madrina de una de nuestras campanas, que quiso obsequiar, como término de vacaciones, a estos referidos estudiantes, con un día de campo en su finca de la Rabasada, situada en las elevadas alturas del Tibidabo. Al efecto, el día destinado para su realización, nos levantamos mucho antes que el sol, oímos misa y comulgamos y al punto la emprendimos hacia la meta. Pasamos por el camino de Horta y san Ginés, saludamos a las Madres Mínimas que se alegraron mucho en ver y hacer cantar a los niños, y llegamos a las nueve a la fuente de san Jerónimo de Vall de Hebron, en donde existen todavía, para escarnio de la civilización liberal, las ruinas del vasto y hermoso Monasterio de Religiosos Jerónimos, víctimas del odio sectario que en 1835 asoló la España Monástica. Allí entre tristes comentarios almorzamos, reparando satisfactoriamente las fuerzas gastadas en la primera parte del camino y adquiriendo otras de refresco para llegar sin desmayo a la cumbre deseada. Encaminamos nuestros pasos hacia la Rabasada para ir a saludar a nuestra bondadosa bienhechora, que ya nos estaba esperando con ansia por nuestra tardanza, y nos recibió con afectuosas muestras de cariño. Mientras se preparaba la comida recorrimos

aquellos pintorescos montes y frondosos pinares refrescando nuestras secas gargantas con la deliciosa agua de una abundosa fuente. A las dos de la tarde nuestro estómago nos impelió como por instinto al lugar del *pienso*, a donde llegamos en el momento oportuno, es decir, cuando ponían en la aderezada mesa una grande y humeante cazuela de arroz. La amable señora no sólo se dignó comer con nosotros sino que quiso a un tiempo hacer los honores del *banquete* sirviendo ella misma a los niños, cuyas caritas rebosaban de alegría. Terminado el succulento ágape, con café malte incluso, rezamos allí mismo una parte del santo Rosario en sufragio del alma de D. Salvador Riera (q. e. p. d.) esposo de la señora, y acto continuo nos despedimos de nuestra generosa bienhechora, dándole sinceras gracias por tantas atenciones y regalos. Tomamos entonces el atajo para ir a visitar el Tibidabo, y una vez allí, entramos a la preciosa cripta del Templo Expiatorio que los Padres Salesianos cuidan y levantan al Sagrado Corazón de Jesús, verdadero Santuario monumental español, que es la admiración de propios y extraños, de españoles y extranjeros, que a él suben en un cómodo tren funicular: quedamos encantados al ver los valiosos altares y las esbeltas y numerosas columnas, cada una de las cuales ha sido costeada por familias barcelonesas, y asociaciones.

Después de rezar la Estación Mayor al Smo. Sacramento nos fuimos a mirar a Barcelona desde aquellas al-

turas (532 metros sobre el nivel del mar). Fué sorprendente el panorámico aspecto de la gran urbe, la mayor y más hermosa de España, con el inmenso campo de blancos edificios y artísticos palacios, entre los que descuellan la cúpula y campanarios de la Catedral, la Universidad, el atrevido monumento a Colón, las altísimas torres del genial y monumental Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, dando bello marco a la ciudad condal el río Llobregat por Poniente, el inmenso mar Mediterráneo y el valiente castillo de Monjuich (Monte de Júpiter) al Sur, el río Besós por Levante, y al Norte con la erguida montaña del Tibidabo que entonces nos servía de peana. Este panorama tiene particular atractivo de noche por la profusión de lámparas eléctricas y luces de gas con que está salpicada caprichosamente, no sólo en las casas y paseos sino también en las numerosas naves de todos tamaños surtos en su espacioso puerto marítimo.

Ya era bien oscuro cuando nos despedimos del Tibidabo de regreso para nuestro Convento, comenzando el descenso a paso ligero y cantando alegremente cuantos cánticos sabíamos, la letanía lauretana, la Salve, el Ave María, Tantum ergo y Genitori, varias misas gregorianas, etc., hasta que nos pusimos roncos. Llegamos a nuestra bendita morada a las ocho y media, y dormimos todos como lirones más tiempo del señalado por el Reglamento. ¡Ya lo necesitábamos!

EL CRONISTA

Pax hominibus

Las setenta semanas de Daniel tocaban a su término: ya el cetro había salido de la casa de Judá para ceñir las sienes de Herodes, príncipe cruel elevado al trono de David por la ambición de los Césares romanos: ya en fin las profecías todas estaban próximas a cumplirse, cuando entre la expectación de las gentes, en una humilde cueva de Belén, nace el Hijo de Dios de una Virgen cuyo nombre es María. Su nombre es Jesús, que quiere decir Salvador, pues ha venido al mundo para salvar las ovejas perdidas de la casa de Israel. (Math. 15-24.)

Cuatro mil años hacía que las generaciones suspiraban por la aparición del Libertador que rompiendo las cadenas en que la humanidad gemía oprimida, inaugurara la era de la paz y de la libertad; y esta hora dicha había sonado ya en el reloj divino, «*in libertatem vocati estis*»: «*Christus nos liberabit*», y Jesucristo es quien nos ha adquirido esta libertad. (Ad. Galat. 5-13: 4-31.)

El Príncipe de la Paz anunciado por Isaías (9-6) comenzaba su glorioso reinado, y sus primeros súbditos son unos sencillos pastores que velan sobre sus ganados en las tinieblas de la noche fría. Venía al mundo para redimirlo, y apenas nace, cuando, alborozadas angélicas jerarquías, cantan las primeras estrofas del himno de la Redención: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en

la tierra a los hombres de buena voluntad.» (Luc. 2-14.)

El ha venido a traer la paz a los hombres conforme anunció el profeta Miqueas (5-5), y quiere que ya en la cuna resuene tan consoladora palabra. «Florece en sus días la justicia y la abundancia de la paz», dijo el real profeta David (psal. 71-6), y a través de su divina misión sobre la tierra, una palabra trae constantemente en sus divinos labios: «*vete en paz*», «*la paz sea con vosotros*».

Pero Jesucristo no es solamente nuestra paz (Efes. 2-14), es también Padre del siglo futuro (Isaías 9-6) por la vida sobrenatural (1) que nos da y de la cual son alimento las virtudes, fundamento sólido sobre que se asienta la paz; por eso cantaban los ángeles «paz a los hombres de buena voluntad», palabras que interpretan los Stos. Padres paz a los hombres temerosos de Dios: y el temor de Dios dice Alberto Magno (2) «consiste en la guarda diligente de los mandamientos de Dios fundada en la fe y buenas costumbres».

Ahora bien; si Jesucristo nos dejó la paz, ¿por qué la paz no reina ya en las sociedades?; ¿por qué esa guerra asoladora que destruye las naciones sacrificando millones de vidas en aras de un torpe lucro?; porque los hombres se han apartado de Dios; porque la impiedad reina en todas partes y Dios ha dicho que no puede haber paz para los impíos (Isaías 48-

22), y sobre ellos caerá todo el peso de su indignación por haber abandonado su ley (Eccle. 41-11). En una palabra: la paz no reina en la sociedad, porque escasean los hombres de buena voluntad. En vano procurarán los hombres establecer la paz con Tratados y Conferencias, la experiencia nos está demostrando la vanidad de su empeño. Sobre ellos está Dios, que, en su Ley, nos señala el único verdadero camino de la paz y nos dice: «Yo soy el Señor que hace la paz.» (Isaías 45-7.)

Mientras los pueblos no vuelvan a Dios, no habrá paz, como no la hubo para el pueblo de Israel después que abandonó los caminos del Señor; y errante por el mundo, aún paga la pena debida a sus prevaricaciones. Busquemos, pues, el remedio a los males que afligen a la humanidad en los mandamientos divinos, y sólo así la paz que El trajo a la tierra renacerá para los pueblos afligidos por la mano justiciera del Señor, que así castiga el olvido de sus preceptos.

MANUEL F. LERENA
Seminarista

Bienes del Estado Religioso

Si el hombre no hubiese degenerado del estado de inocencia en que Dios le crió, fácil cosa le fuera conquistar el reino de los Cielos; pero habiendo caído en la gran miseria del pecado original y habiendo que-

dado tan enflaquecida su voluntad con los pecados personales que cada uno ha cometido, se le ha convertido el camino de la vida eterna en un calvario escabroso y lleno de enemigos, por lo que le es muy difícil llegar a la cumbre de la gloria sano y triunfante.

Por el pecado de Adán perdió la Humanidad la posesión del paraíso terrenal, en que Dios era su amigo y hallaba todas sus delicias, y fué arrojado por un ángel a los áridos desiertos de este mundo idólatra sembrado de toda clase de males.

Dios no perdió de vista su elevado plan de salvar y santificar a sus hijos, aunque pecadores, y, teniendo en cuenta su aumentada miseria y graves obstáculos para conseguirlo, envió a su Hijo Smo., no sólo para abrir de nuevo las puertas del cielo y salvar a todos, sino que también para restablecer en medio de la mundanal babilonia en favor de los predilectos aquel paraíso perdido, pero muy mejorado y más hermoso en lo espiritual, cual es el paraíso del claustro regular, cercándolo de ángeles que lo defiendan, proveyéndolo de caudalosos ríos que lo fertilizan, matizándolo de variadas flores que lo embalsamen, y llenándolo de fecundos árboles frutales que sustenten pródigamente a todos sus dichosos moradores. Así lo ejecutó Jesucristo, pues sus primeros cuidados durante su vida pública fueron dar reglas y condiciones para formar la Escuela de sus perfectos voluntarios y seguidores siendo los Apóstoles las piedras fundamentales, los primeros que aban-

donaron todos sus parientes, bienes, comodidades y aun su propia voluntad para no dejar ya más a su dulce Salvador, continuar su misión redentora en favor de los hombres y santificar sus propias almas. La historia misma nos dice sin velos cuan fecunda fué la semilla que arrojó Jesús en el mundo para la producción de almas grandes, generosas, heroicas, de corazón nobilísimo, que al sentir el llamamiento de Jesús, se apresuran a dejarlo todo antes que seguir los apetitos de su carne, bien gozosas y agradecidas a la distinción con que sin merecerlo han sido agraciadas. En todos los países se ha multiplicado el Pueblo escogido de Dios y son innumerables los santos y bienaventurados que ha dado al Cielo. En verdad se puede afirmar que si los hombres todos llegaren a gustar o a lo menos a comprender claramente cuantos y cuan excelentes son los bienes y delicias que proporciona este estado y vida no quedaría casi persona alguna en la tierra sin abrazarlo gustosamente. Por que en él no sólo hay carencia de males, tristezas y temores, sino integramente colmado de toda suerte de riquísimos bienes, alegrías purísimas y seguridades positivas, como veremos en artículos sucesivos.

MACABEO

El trabajo amable

Perdonen los caritativos lectores de nuestro *Boletín* si no nos detenemos a tratar con la extensión que

(1) *La Religión demostrada*, por HILLAIKE, pág. 221.

(2) *Paraíso del alma*, cap. XX.

el asunto merece el interesante puntito, complemento indispensable del artículo publicado en el número anterior, en el desarrollo del cual deberíamos probar como verdaderamente sólo *el manjar que se guarda para la vida eterna es el que satisface de una manera completa todas las necesidades del hombre.*

Yo no me siento con fuerzas para resumir ni extractar con acierto las hermosas enseñanzas del V. P. Luis de Granada en aquel su admirable Diálogo VIII, de la parte 4.^a, de la Introducción del Símbolo de la Fe. Hagan mis lectores un pequeño esfuerzo, que ha de proporcionarles grandes consuelos, para leer aquellas páginas cuyo cálido y apacible estilo no han podido entibiar ni descomponer en lo más mínimo los años en su rápido curso ni los editores en su afán más o menos santo de aumentar y corregir.

No perdamos de vista que la excelencia capital del Sacramento de la Eucaristía es contener ya antes de su uso al mismo autor de la Gracia, nuestro adorable Redentor Jesús.— «Es común por cierto a la Santísima Eucaristía y a los demás Sacramentos, ser símbolo o significación de una cosa sagrada, y forma o señal visible de la gracia invisible; *no obstante se halla en él la excelencia y singularidad de que los demás Sacramentos comienzan a tener eficacia cuando alguno usa de ellos; mas en la Eucaristía existe el mismo autor de la santidad antes de comunicarse: etc...*» (1)

(1) S. C. de Trento: cap. III, Decreto sobre la Eucaristía. Sess. XIII.

Es un pensamiento altamente consolador el de que Jesucristo por medio del Santísimo Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre renueva, mejor diré, reproduce en el secreto de las almas las maravillas obradas a su paso por la tierra los treinta y tres años de su vida mortal.

Hoy, como ayer, al paso de Cristo *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el evangelio.* (1)

Hoy, como ayer, Jesucristo es el Buen Pastor, *que ha venido para que las ovejas tengan vida y la tengan en más abundancia.* (2) Para lograr su objeto, constándole que no había en huerto, prado ni ejido (tierra inculta) el pasto regalado que en su amor había determinado proporcionar a su rebaño, hace el más completo sacrificio de su propia vida y se da a sí mismo todo por entero a los suyos en pasto saludable.

Vino para que sus ovejas tuvieran vida y la tuvieran en más abundancia. ¿Cuál es la suprema aspiración del hombre? ¿su gran deseo? ¿la qué podríamos llamar su Necesidad? Vivir, vivir, vivir. ¿Quién es el único que las comprende todas?

Yo no puedo dejar de trasladar aquí las enérgicas palabras del glorioso Apóstol San Pablo, en el capítulo VIII de su carta a los fieles de Roma: «Si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo esté sujeto a muerte por razón del pecado de Adán, el

(1) S. Lucas, VII, 22.

(2) S. Juan, X, 10.

espíritu vive en virtud de la justificación y si el espíritu de aquel Dios, que resucita a Jesús de la muerte, habita en vosotros, el mismo que ha resucitado a Jesucristo de la muerte, dará vida también a vuestros cuerpos mortales, en virtud de su Espíritu que habita en vosotros.»

Detengámonos, pues, antes de proseguir nuestro camino, delante del Hombre que con intensos deseos ha buscado en Cristo la satisfacción de sus necesidades.

El sacerdote ha depositado en su boca el místico bocado, brota la luz, manan las fuentes de aguas vivas. La presencia de Cristo en el alma pone a la inteligencia en posesión de la verdad, da a la voluntad el descanso que sólo puede hallar en el Sumo Bien; deposita en el cuerpo corruptible un germen de inmortalidad.

No hay seno de conciencia que no quede iluminado por el sol de la gracia, no hay porción de su sér que no perciba el influjo de aquel santo calor. A los ciegos instintos de la carne suceden los impulsos del Espíritu. Y esta hermosa renovación del sér humano viene festejada por una hermosa floración de tiernos, nobles y elevados sentimientos. Digámoslo en una palabra: así como el alimento ordinario pasa a convertirse en sustancia orgánica del hombre, en la sagrada Comunión el hombre pasa a convertirse en *sustancia* (1) de su sobrenatural alimento, pasa a conver-

(1) Damos aquí a la palabra *sustancia* un sentido místico, para expresar la realidad de nuestra espiritual unión con el Dulcísimo Jesús por la gracia.

tirse en Cristo, que es el mismo Hijo de Dios. Bendito sea por todos los siglos. Amen.

MARIANO ROMEU, PBRO.

(Continuará.)

Pensamientos del P. Victorio

¡Oh, que profundo es el abismo de soberbia del corazón humano! Todos admiramos la virtud, todos queremos ser buenos y nos hacemos la ilusión de que lo somos, por esto tenemos tanto empeño en excusar nuestras faltas y aun presentar nuestros defectos como virtudes; por esto repudiamos el vicio y nos sentimos escandalizados de que no se castigue al vicioso severamente, como si pretendiéramos así pasar por personas ejemplares; de donde se sigue que nos urge más ser tenidos por buenos, que serlo en realidad, es decir, queremos la virtud no para ser virtuosos y agradar a Dios, sino para satisfacer nuestro farisaico orgullo, y ser temidos y estimados de los demás; resultando a la postre que nadie busca la perfección, y todos la exigimos del prójimo.

Las personas humildes y aun las que sin serlo, tienen algo de seriedad y circunspección, no se enredan nunca en réplicas y disputas ya que en las mismas no se busca el triunfo de la verdad, sino que cada altercante quiere que prevalezca su propia

voluntad, la cual se enterca y desarrolla energías necias con la única pretensión de subyugar y rendir la voluntad ajena.

La obligación moral de obedecer al Superior, viene de Dios a quien representa; así como en las relaciones eternas de las criaturas con el Creador se funda la obligación que tenemos de amar al prójimo, es decir lo amamos por amor de Dios; porque El lo quiere y nos promete pagar nuestro amor y obediencia con creces en el cielo.

Cultos en la iglesia de S. Joaquín

Día 8 de Diciembre. — *Festividad de la Inmaculada Concepción de María* — A las siete misa de Comunión y terminación de la Novena de la Purísima. A las diez misa solemne. — Por la tarde, a las tres y media, Rosario, Trisagio Mariano cantado, plática y Bendición.

Día 9, domingo 2.º de Adviento. — Por la tarde, a las tres y media, función a la Stma. Virgen de la Victoria, con plática y Bendición.

Día 16, domingo 3.º de Adviento. — A las tres y media de la tarde función a N. P. S. Francisco de Paula, con plática y Bendición.

Día 23, domingo 4.º de Adviento. A las tres y media de la tarde función a S. Joaquín, con plática y Bendición.

Día 25, *Pascua de Navidad de*

Nuestro Sr. Jesucristo. — A las seis Absolución General a los Hnos. Terciarios, y luego Misa solemne en la que se dará a todos los fieles la Bendición Papal y se dará a besar al Niño Jesús. A continuación habrá misas rezadas hasta las diez, en que se dirá otra cantada, con adoración del Niño Jesús. — Por la tarde, a las tres y media, habrá Rosario, novena al Divino Infante, plática y Bendición.

Día 30, domingo. — A las tres y media función a la Stma. Trinidad, cantándose el Trisagio y *Te Deum* en acción de gracias por los favores que hemos recibido durante el año que mañana acaba: plática y Bendición.

Día 1.º de Enero de 1918. — *Circuncisión del Niño Jesús.* — A las siete Misa de Comunión. A las diez Misa cantada y adoración del Santo Niño. Por la tarde a las tres y media función al Stmo. Nombre de Jesús, plática, canto del *Veni Creator Spiritus* para impetrar un feliz año nuevo, y Bendición.

Noticias religiosas

Fiestas de precepto: los días 8 y 25 y domingos.

Ayunos: teniendo Bula, el día 22; sin Bula, miércoles, viernes y sábado de Témperas.

Abstinencias: teniendo Bula, viernes y sábado de Témperas; sin Bula, todos los viernes, y el miércoles y el sábado de Témperas.

La ley de la abstinencia no prohíbe los huevos, laticinios y grasas animales. (*Nuevo Código del Derecho Canónico.*)

Intención del Apostolado de la Oración para Diciembre: Rogar en especial para que la costumbre de la Comunión diaria se haga general en la Iglesia Católica.

En esta iglesia de S. Joaquín se ha recibido un valioso regalo de ignorada procedencia, que consiste en un gran Jesús crucificado de tamaño natural y verdadera obra de arte todo de madera, del escultor D. Juan Montaña.

Queda ya colocado debajo del coro para la pública veneración y adoración de los fieles. El Señor recompense con creces en esta vida y en

la otra a la religiosa familia que con tanta humildad ha querido hacer tan buena obra.

Limosnas recibidas

D.º M. Pons de Freixas, 1 peseta; D. M. Blasi, 1; D.º A. Roca, 0'20; doña A. Vilella, 0'20; D.º P. García, 0'50; D. A. Ribas, 1; D. P. Feliu, 1; D.º Lourdes Granell, 2; Patronato de S. José de Barcelona, 15; D.º Josefa Marqués, 5; Sra. Viuda de José Vernet, 3; doña D.º D. Puigdengolas, 1'50; D.º E. Aragónés, 0'30; D.º T. Fábregas, 0'30; D.º I. Costa, 0'75; D.º A. Roig, 0'75; D.º C. Rius, 0'75; doña F. Font, 0'60; D.º A. Montserrat, 0'25; D.º C. Comas, 0'55; D.º A. Faura, 0'45; D.º D. Prat, 0'45; D.º T. Graupera, 5; D.º M. Planas, 0'75. Varios, 1'80 pesetas.

FUNDICIÓN ESPECIAL DE CAMPANAS DE PEDRO DENCAUSSE

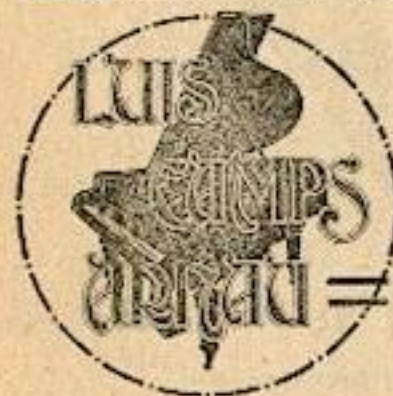
Cabanas, 31. — BARCELONA. — Teléfono 1368

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1500

Premiada en los años de 1872, 1876, 1881 y 1888 en las Exposiciones de Tarbes, Pau y Barcelona

Única en España que garantiza la nota musical

Compra, venta y explotación de toda clase de residuos preciosos y ordinarios
Compra y venta de Metales de todas clases



PIANOS Y ARMONIUMS DE ALQUILER

Luis Camps Arnau

DESPACHO: Planeta, 41

BARCELONA (GRACIA)

Afinaciones y Reparaciones

Pidanse presupuestos para Órganos

